

Sin tregua

Simon Kernick

Traducción de Olga Usoz Chaparro



Para mis hijas, Amy y Rachel

Primera parte
Sábado

1

Oí el teléfono porque la puerta de atrás estaba abierta. Me encontraba fuera separando a mis hijos que se peleaban por el juguete de hacer pompas de jabón y la cosa amenazaba con ponerse fea. Al recordar ese funesto día, siempre me preguntaré qué habría pasado si la puerta hubiera estado cerrada o si los gritos de mis hijos no me hubieran permitido oír aquella llamada.

Acababan de dar las tres de la tarde de un nublado sábado de finales de mayo y mi vida al completo estaba a punto de derrumbarse.

Volví corriendo a la casa, entré en la sala de estar, donde el fútbol estaba empezando en la televisión, y cogí el teléfono después de que sonara unas cuatro veces con la duda de si sería el siempre bronceado hijo de puta de mi jefe, Wesley «Llámame Wes' O'Shea», que llamaba para discutir un detalle sin importancia sobre la propuesta de algún cliente. Le gustaba hacerlo los fines de semana, por lo general cuando había un partido de fútbol. Eso le otorgaba una perversa sensación de poder.

Miré mi reloj. Las tres y un minuto.

—¿Diga?

—Tom, soy yo, Jack. —Era una voz sin aliento. Por un momento, me sentí confuso.

—¿Qué Jack?

—Jack... Jack Calley.

Era una voz del pasado. La de mi mejor amigo de cuando estábamos en la escuela. El padrino de mi boda hacía ya nueve años. Aunque también alguien con quien no había tenido contacto en casi cuatro

años. Además algo iba mal. Su voz era de pánico y luchaba para que las palabras salieran de su boca.

—Hace mucho que no hablamos, Jack. ¿Cómo estás?

—Tienes que ayudarme.

Parecía como si estuviera corriendo o andando muy deprisa. Se oía ruido de fondo, no podría decir lo que era, pero sin duda estaba en el exterior.

—¿Qué quieres decir?

—Ayúdame. Tienes que... —dijo jadeando—. Dios mío. Vienen.

—¿Quién viene?

—¡Por Dios!

Dijo estas últimas palabras gritando, y tuve que apartar el teléfono de mi oído por un momento. En la televisión, la multitud bramaba mientras uno de los jugadores casi marca un gol.

—Jack. ¿Qué demonios pasa? ¿Dónde estás?

Ahora jadeaba más deprisa, su respiración era entrecortada, se oían gemidos. Podía oírle correr.

—¿Qué está pasando? ¡Dime!

Jack gritó lleno de terror y me pareció oír el sonido de una especie de refriega.

—¡No, por favor! —gritó con terror. La refriega continuó durante algunos segundos, hasta parecer alejarse del teléfono. Entonces continuó hablando, pero no conmigo. Su voz era débil, pero pude oírle con bastante facilidad.

Pronunció seis palabras, seis simples palabras que hicieron que mi corazón diera un vuelco y sintiera de nuevo que mi vida se tambaleaba.

Eran las primeras dos líneas de mi dirección.

Entonces Jack dio un grito breve y desesperado. Parecía que lo habían apartado del teléfono a empujones. Luego se oyó una sucesión de toses ahogadas y, de forma instintiva, incluso yo, que hasta entonces había vivido apartado de lo humillante de la muerte, podía decir que mi viejo amigo se estaba muriendo.

Y entonces se hizo un silencio inquietante.

Puede que durara diez segundos, probablemente fueran dos, y mientras permanecía petrificado en la sala de estar ante lo que estaba pasando, boquiabierto y tan conmocionado que no sabía qué hacer ni qué decir, oí que de repente colgaban al otro lado del teléfono.

Las primeras dos líneas de mi dirección. El lugar donde llevaba una vida normal en las afueras, junto a mis dos hijos y mi esposa, desde hacía ya nueve años. El lugar donde me sentía seguro.

Durante un momento, solo un momento, creí que se podía haber tratado de una broma de mal gusto, una cruel artimaña para ver mi reacción, pero la verdad era que no había hablado con Jack Calley en cuatro largos años y la última vez había sido en un encuentro casual en la calle, una breve conversación de cinco minutos mientras los niños (mucho más pequeños entonces, Max era solo un bebé) gritaban y no paraban de moverse en el carrito doble. No había mantenido una conversación en condiciones (ya sabes, la típica que mantienen los amigos) desde hacía, no sé, cinco, seis, quizá siete años. Nuestros caminos se habían separado hacía mucho tiempo.

No, se trataba de algo serio. No puedes tener esa voz de terror de forma deliberada, eso es algo natural que tiene que salir de dentro y su voz, sin duda, lo hacía. Jack se había mostrado aterrorizado y con motivo. Si no me equivoco, y juraría que no, había oído su respiración, su agonía previa a la muerte y sus últimas palabras habían sido las primeras dos líneas de mi dirección.

¿Quién querría saber dónde vivía? ¿Y por qué?

Déjame decirte una cosa: soy un hombre normal con un trabajo de despacho normal en una gran oficina sin tabiques en la que dirijo a un equipo de cuatro comerciales de *software* de TI. No es muy divertido que digamos y, como he mencionado con anterioridad, mi jefe, Wesley, es un gilipollas, pero es un trabajo que paga las facturas y me permite disfrutar de una casa con cuatro dormitorios, razonablemente buena, en las afueras, y a mis treinta y cinco años, no he tenido jamás problemas con la policía. Mi mujer y yo hemos tenido nuestros altibajos y los chicos pueden dar guerra de vez en cuando, pero, por lo general, somos felices. Kathy trabaja como profesora de Política Medioambiental en la universidad, tiene buen gusto, es buena en lo que hace y, aunque es probable que no le gustaría oírme decir esto, es muy guapa. Tenemos la misma edad, llevamos juntos once años y entre nosotros no hay secretos. No hemos hecho nada malo, pagamos nuestros impuestos y nos mantenemos alejados de problemas. En resumen, somos como cualquier otra persona.

Como tú.

Así que, ¿por qué un extraño querría saber nuestra dirección? Un extraño que la deseaba hasta el punto de ser capaz de matar por ella.

El miedo se apoderó de mí, esa clase de terror intenso que empieza por la entrepierna y te pasa por el cuerpo como un tren expreso hasta infectar cada parte y convertirse en pánico absoluto. El instintivo mecanismo que impulsa a huir. El sentimiento de angustia que se tiene al ir caminando solo por calles desiertas de noche y oír pisadas por detrás. O cuando un tipo aplasta un vaso de cerveza en la esquina de un bar y te pregunta qué coño miras. Un miedo real. Lo tenía.

Colgué el auricular y permanecí en el mismo lugar durante un largo espacio de tiempo, intentando encontrar una explicación lógica para lo que acababa de oír. Pero no la encontraba. Además, ni la explicación más paranoica tenía sentido alguno. Si querían hablar conmigo, debían conocerme, en cuyo caso podrían haber averiguado dónde vivía sin necesidad de preguntarle a un hombre con el que apenas mantenía contacto. Para empezar, podían haber mirado en el listín telefónico, pero no lo habían hecho.

—Papá, Max me ha pegado sin ningún motivo. —Era Chloe volviendo a la casa, con manchas de hierba en las rodilleras de los vaqueros y con su pelo castaño todo despeinado. Con cinco años, era un año y pico mayor que su hermano Max, aunque mucho más sensible. El problema era que él era mucho más corpulento y en el anárquico mundo de los niños la corpulencia tiende a salir victoriosa en las discusiones.

—¿Le puedes decir que me deje en paz? —añadió, mostrándose ofendida y con la inocencia ante el peligro propia de todos los niños.

Alguien que acababa de asesinar a mi antiguo amigo se dirigía hacia mi casa.

Lo último que recordaba era que Jack Calley vivía a unos diez kilómetros de distancia, fuera de Ruislip, donde Londres se comunica con la zona verde. Si me había llamado desde cerca de su casa, las personas a las que les había dado mi dirección estarían a unos quince minutos en coche en ese momento, puede que menos, si el tráfico era fluido y tenían prisa.

—Papá, ¿qué haces?

—Espera un momento cariño —dije con una sonrisa tan falsa que habría avergonzado a cualquier político—. Solo estoy pensando.

Habían pasado dos minutos desde que colgué el teléfono y podía oír el rápido latido de mi corazón en el pecho. *Pum pum, pum pum, pum pum*. Si me quedaba allí, estaba poniendo a mi familia en peligro y si me marchaba, ¿cómo podría averiguar entonces quién me perseguía y por qué?

—Oye, mi amor —dije muy consciente del tono de mi voz—, tenemos que irnos a casa de la abuela.

—¿Por qué?

Me agaché y la cogí en mis brazos.

—Porque quiere verte.

—¿Por qué?

A veces, lo mejor es no dialogar con una niña de cinco años.

—Vamos cariño, tenemos que irnos —dije, y salí a grandes zancadas con ella en los brazos.

Vi que Max había dejado el juguete de hacer burbujas en medio del césped y se encontraba ahora al final del jardín, asomando la cabeza desde un campamento improvisado con una tienda de campaña que se había hecho en la parte superior de la estructura metálica en la que jugaba a trepar. Le grité que saliera porque teníamos que irnos y, de inmediato, metió la cabeza en el campamento. Al igual que a muchos niños de cuatro años, no le gustaba hacer lo que le mandaban y, por lo general, esto no causaba grandes problemas. Solía no hacerle caso y le dejaba continuar con lo que estaba haciendo, pero hoy suponía un grave problema.

Las palabras de Jack se repetían una y otra vez en mi cabeza: «Dios mío. Vienen». La urgencia que tenían. El miedo. «Vienen.»

Vienen aquí.

En mi reloj eran las tres y cinco, ya habían pasado cuatro minutos desde que descolgué el teléfono, y el tiempo parecía transcurrir a más velocidad de lo normal.

—Venga Max, tenemos que irnos. Ya.

Corrí hacia la estructura metálica, con Chloe todavía en brazos, ignorando sus quejas. Intentó soltarse, pero no la dejé.

—Pero estoy jugando —dijo desde dentro de la tienda de campaña.

—Me da igual, tenemos que irnos ahora mismo.

Oí que llegaba un coche a la calle de delante, algo poco habitual, ya que la urbanización en la que vivimos no conduce a ninguna parte, es una simple carretera con forma de herradura plagada de callejones sin

salida y si la recorres, al final acabas en el punto de partida. Nuestra casa estaba en la esquina de uno de los callejones sin salida y por allí pasaba, como mucho, un coche cada veinte minutos.

El coche redujo la velocidad y se detuvo.

Oí que se cerraba la puerta del coche, un poco más abajo del callejón sin salida. Estaba demasiado paranoico y mi corazón seguía latiendo a toda velocidad.

—Vamos, Max. Lo digo en serio.

Él se reía tranquilamente, sin darse cuenta de mi miedo.

—Ven y cógeme.

Puse a Chloe en el suelo y me metí en la tienda. Max se alejó todo lo que pudo, todavía riéndose, pero su expresión cambió al ver mi cara.

—¿Qué pasa, papá? ¿Ocurre algo malo?

—No pasa nada, no ocurre nada malo, pero tenemos que ir a casa de la abuela rápidamente.

Él asintió con la cabeza, con gesto de preocupación, y salió.

Los cogí a los dos de la mano e, intentando mantenerme lo más tranquilo posible, salimos de casa y nos dirigimos al coche. Los dos hacían preguntas, pero en realidad no les escuchaba, lo único que quería es que fueran más deprisa. En la distancia pude oír coches en la calle principal y, por encima de mí, el estruendo constante de un avión de pasajeros que volaba en círculos al otro lado de un intacto manto de nubes blancas. El perro nuevo del vecino estaba ladrando y alguien estaba cortando el césped. Los reconfortantes ruidos de la normalidad, aunque hoy no lo eran en absoluto. Era como si estuviera en una especie de universo paralelo terrorífico donde el peligro estaba por todas partes, aunque nadie pudiera verlo ni entenderlo.

Senté a los niños en sus asientos, les abroché el cinturón y entonces me di cuenta, cuando estaba a punto de sentarme en el asiento del conductor, de que no había cogido nada para que pasaran la noche, en caso de que tuvieran que estar fuera de casa durante algún tiempo. Intenté pensar en lo que iba a decir cuando llegara con ellos a casa de mi suegra. Me acaba de llamar el padrino de mi boda por primera vez en años y, mientras hablábamos, lo han asesinado y ahora su asesino me busca. Parecía tan descabellado que incluso yo mismo habría puesto en duda mi salud mental, si no estuviera tan seguro de su autenticidad. Por otra parte, a Irene nunca le había gustado demasia-

do. Siempre había pensado que su hija, con su formación académica y su licenciatura en Cambridge, era demasiado para un pretencioso vendedor de ordenadores.

Eran las tres y ocho minutos, habían pasado siete minutos desde que descolgué el teléfono.

Iba a tener que contarle a Irene que me había surgido algo en el trabajo y que quizá sería más conveniente que los niños pasaran la noche con ella. ¿Y después qué? ¿Qué ocurriría al día siguiente?

Me dije a mí mismo que tenía que dejar de analizarlo todo y ponerme en movimiento lo antes posible.

—Quedaos en el coche, ¿de acuerdo? Voy a coger algo para que paséis la noche.

Los dos empezaron a protestar, pero cerré el coche y corrí dentro de la casa, subí a sus habitaciones y tiré a toda prisa pijamas, juguetes, cepillos de dientes, todo lo que pudieran necesitar, lo metí todo a empujones en una bolsa de viaje, sabiendo en cada movimiento que el tiempo corría en mi contra.

Cuando salí corriendo de la casa, a las tres y once minutos, recordé el ahogado tosido de Jack mientras lo atacaban. Tenía que ser el sonido de la muerte. Pero ¿quién querría matar a un moderado abogado como Jack Calley, un hombre que trabajaba bien, pero que difícilmente sería capaz de poner el mundo patas arriba? Y, lo que era más importante aún, mucho más importante, ¿quién querría averiguar a través de él dónde yo, el modesto vendedor Tom Meron, y mi familia vivíamos?

Al llegar al coche, comencé a maldecir. Los dos niños se habían soltado los cinturones y estaban jugueteando. Chloe había trepado por el hueco de los asientos delanteros y estaba jugando con el volante, mientras que todo lo que podía ver de Max eran sus piernas levantadas en el aire como si buscara algo en la parte trasera. Los dos se reían, como ni nada malo ocurriera en sus vidas, y así era. Era solo la mía la que me estaba volviendo loco.

Abrí la puerta y lancé la bolsa de viaje por encima de Chloe en el asiento del copiloto.

—Venga chicos, tenemos que irnos —dije, levantándola y empujándola por el hueco de los asientos—. Es muy importante.

—¡Ay!, me has hecho daño.

—Vuelve a tu asiento, Chloe, ya.

Estaba sudando cuando llegué a la puerta posterior, la abrí, levanté a Max y lo metí a la fuerza en su asiento. Con las manos temblorosas, volví a ponerle el cinturón, luego alargué la mano e hice lo mismo con su hermana.

Chloe preguntó:

—¿Qué pasa papá? —Parecía asustada, no estaba acostumbrada a ver a su padre actuando de una forma tan extraña.

Por naturaleza, soy un hombre que no pierde los nervios. No hay mucho en mi vida que pueda causarme pánico; a decir verdad, ese era el motivo por el que se me hacía tan difícil mantener la calma. Todo parecía un mal sueño, algo que debería haberle ocurrido a otra persona, una broma de mal gusto que acabaría en risas.

Pero no lo era, sabía que no lo era.

Busqué en los bolsillos de mis vaqueros las llaves del coche, las encontré y arranqué. El reloj del salpicadero marcaba las tres y dieciséis minutos, pero me acordé de que iba cuatro minutos adelantado. Habían pasado once minutos desde la llamada. Dios, ¿ya había pasado tanto? Di la vuelta y me dirigí al cruce, indicando a la izquierda en dirección hacia la carretera principal. El alivio que sentí cuando aceleré y me alejé era tangible. Me sentía como si hubiera escapado de algo terrible.

Me sentía estúpido. Tenía que haber una explicación racional para lo que acababa de oír. Tenía que haberla.

—Tranquilízate —me dije a mí mismo—. Tranquilízate.

Respiré profundamente, sintiéndome ya algo mejor. Llevaría a los niños a casa de Irene, telefonaría a Kathy, volvería a casa y allí, no habría nadie. Buscaría el teléfono de Jack Calley, lo llamaría y sabría que no ocurría nada. Sintiéndome seguro dentro del coche, empecé a convencerme de que en realidad nadie había hecho daño a Jack. Que la espantosa estrangulación no le había provocado una muerte en soledad. Que todo iba bien.

Un tramo de carretera relativamente recto de unos cien metros conectaba la entrada de nuestro callejón sin salida con el cruce en forma de «T» que empalmaba con la carretera principal hacia Londres. Al llegar a él, reduje la velocidad e indiqué a la derecha. Un Toyota Land Cruiser negro, fabricado como un tanque, avanzaba hacia nosotros por la carretera principal a cierta velocidad. Pude ver en los asientos delanteros a dos hombres con gorras y gafas de sol. A unos

diez metros de distancia, el conductor redujo bruscamente la velocidad y dando un giro se introdujo en la urbanización, sin indicarlo. Estuve a punto de insultarle por su falta de cortesía, pero, al percatarme de que los cristales laterales del vehículo estaban oscurecidos, sentí terror. Un coche desconocido dirigiéndose a la urbanización solo once minutos después de que Jack me llamara, y a gran velocidad. Jack vivía a once minutos de distancia. Eran demasiadas coincidencias.

Observé su movimiento por el espejo retrovisor. Tenía la boca seca y con un sabor agrio, y el miedo hacía que el corazón se me saliera del pecho. Nuestro callejón sin salida era el tercero a la derecha, justo antes del brusco giro en redondo de la carretera. El Land Cruiser pasó por el primer callejón sin salida, luego por el segundo.

A quince metros de nuestra casa, las luces de los frenos se encendieron.

Oh no, no. Por favor, no.

—Papá, ¿por qué no nos movemos?

El Land Cruiser giró hacia nuestro callejón sin salida, desapareció de mi vista y supe entonces, con toda seguridad, que sus ocupantes venían a por mí.

Me dirigí a la carretera principal y me alejé a toda prisa, con las voces de mis dos hijos y de Jack Calley (el moribundo y desesperado Jack Calley) retumbando en mi cabeza como ecos distantes y difusos.

—Ya sabes, hubiera preferido que me llamaras antes —dijo un poco molesta Irene Tyler, mi imponente suegra.

Eran las tres y treinta y cinco de la tarde y estaba a unos once kilómetros de distancia de casa y de los ocupantes del Land Cruiser negro, con la esperanza de estar a salvo. Al menos, por ahora.

—Lo siento, Irene. Me ha surgido algo en el trabajo. Una emergencia.

Conduje a los niños hacia el interior de la sala de su grandiosa casa adosada de estilo victoriano, situada en una tranquila calle de casas, de igual grandiosidad, que estaba bordeada por árboles. Todas pintadas con suntuosidad y con fachadas al estilo suizo. Era la casa donde había crecido Kathy y el tipo de lugar al que siempre había querido volver.

—¿Qué clase de emergencia? —preguntó, levantando una ceja con escepticismo.

Irene Tyler era una mujer desconcertante. Antigua directora de una escuela de secundaria, tenía una presencia autoritaria, agudizada por unos hombros anchos y bien modelados. Siempre pensé que podía haber sido una excelente celadora en una prisión o la entrenadora de un grupo de gladiadores, si hubiera vivido en tiempos de la antigua Roma. Para sus setenta años era una mujer atractiva, pero no el tipo de mujer con la que flirtearías.

Pero a los niños les gustaba y corrieron a abrazarla, felices y encantados de agarrarse a su corpulenta figura, mientras yo intentaba inventar una excusa creíble para haber ido allí. Como vendedor

durante aproximadamente veinte años, era un farolero bastante profesional, pero la mezcla de la perturbadora presencia de mi suegra y el miedo que me recorría todo el cuerpo hacía casi imposible pensar en una historia plausible.

—Es solo un asunto del trabajo —dije—. Tengo que ir a trabajar. Uno de nuestros clientes principales está dando problemas, ya sabes cómo funciona esto.

Aunque, por supuesto, al ser una funcionaria retirada, no tenía la más remota idea. Sin embargo, no se trataba de un escenario completamente anormal para mí. En los últimos meses, a Wesley O'Shea le habían surgido algunas emergencias relacionadas con los clientes, completamente inventadas, en las que había acabado por llamar a los directores de su equipo para que fueran a trabajar un sábado con objeto de «devanarse los sesos» con el problema. Estoy seguro de que solo lo hacía para sentirse importante.

Irene no parecía convencida. Claro que nunca había confiado plenamente en mí. Al igual que otra mucha gente, pensaba que alguien que se dedicaba a la venta no podía ser de fiar. Además del concepto que tienen las personas ajenas al comercio minorista, el hecho de que los servicios de emergencia funcionaran un sábado no la convencía del todo. Sin embargo, esta vez lo dejó pasar y me preguntó dónde estaba su hija.

—Está trabajando también —le expliqué mientras colocaba la bolsa de viaje cerca del suntuoso reloj del abuelo que presidía la entrada de la casa de los Tyler—. Está en la universidad. Llevando a cabo una investigación para un artículo que está escribiendo.

Tenía que telefonar a Kathy. Asegurarme de que no fuera a casa. No podía recordar a qué hora dijo que terminaría, aunque probablemente no lo hubiera hecho aún.

—Bueno, ¿cuándo recogerás a los niños?

—¿Podemos quedarnos para el té, abuela? —preguntó Chloe, aferrándose al vestido de su abuela.

—Por supuesto que podéis, cariño —dijo sonriendo por fin mientras acariciaba la larga melena de Chloe.

—No sé a qué hora volveremos ninguno de los dos. Les he traído algunas cosas.

—Entonces, ¿quieres que pasen aquí la noche?

—Sí, por favor. Los recogerá mañana a primera hora.

Max preguntó:

—¿Por qué vas a trabajar un sábado por la tarde, papá?

—Creo que deberías decirle a tu jefe que también tienes obligaciones fuera del trabajo —dijo Irene con un tono que no admitía discusión.

—Es algo excepcional —contesté rápidamente, sintiendo una repentina e incontenible urgencia por escapar de ese interrogatorio y descubrir qué demonios estaba pasando con mi vida. Fingí tener prisa y miré el reloj—. Escucha Irene, me tengo que ir ya. —*Hay un Land Cruiser con cristales oscurecidos en mi casa, cuyos ocupantes quieren algo de mí, algo por lo que están dispuestos a matar, aunque no tengo ni idea de lo que es.*

—Me espera una larga noche, no quiero llegar tarde.

Ella asintió con la cabeza, con una expresión en sus oscuros ojos plagada de sospecha, y se inclinó hasta colocarse a la altura de Chloe y Max.

—Bueno, ¿qué hacemos, niños? ¿Queréis que bajemos al río a dar de comer a los patos antes del té?

—¡Sí, sí, sí! —gritaron al unísono.

Podía sentir que el sudor me bajaba por la frente y sabía que Irene se había dado cuenta y estaría sacando sus propias conclusiones de por qué estaba allí. Les di un beso de despedida a los niños, pero ya estaban pensando en ir a dar de comer a los patos y su respuesta fue puramente mecánica. Saludé a Irene con la cabeza y le di las gracias, consciente de que quería evitar su mirada. Luego salí y me dirigí hacia el coche.

Entré de un salto, conduje hacia el final de la calle de Irene hasta estar fuera de su vista y marqué a toda prisa el número de Kathy. El teléfono sonó cinco veces antes de que saltara el contestador, pero no me sorprendió en absoluto que no lo cogiese. Si estaba trabajando en la biblioteca, era muy probable que lo tuviera desconectado, además sabía que no le gustaba que la molestaran si no era por una urgencia. No dejé ningún mensaje; en lugar de ello, intenté conectar con la extensión de su despacho y lo dejé sonar hasta que saltó el contestador.

Durante algunos segundos no estaba seguro de lo que hacer. Luego puse el coche en marcha y me dirigí a casa. Ahora estaba seguro de que no era una paranoia, pero todavía quería comprobar en qué casa había aparcado el Land Cruiser, y si era, como imaginaba, la mía.

Mientras conducía, iba pensando en Jack Calley. Nos conocíamos casi de toda la vida. El se había mudado a nuestra calle a finales de los años setenta cuando los dos teníamos ocho años y su presencia se hizo sentir de inmediato. Era alto para su edad y tenía una ridícula y gruesa melena rizada de color rubio que lo hacía parecerse a Robert Plant en la época de los Led Zeppelin. Su padre había muerto hacía algunos meses y venían de Anglia Oriental para que su madre estuviera más cerca de sus padres. A mis padres no les gustaba Jack, creo que por su melena, y como no querían que fuera con él, es lo que hice inevitablemente.

Congeniamos de inmediato. Para un niño que acababa de perder a su padre, estaba sorprendentemente lleno de vida, quizá porque sintiera siempre la necesidad de demostrar algo. Jack era un aventurero, el típico niño que quiere siempre trepar al árbol más alto y llevar a cabo el mayor desafío. Fue el primero del colegio en bajar con la bici por Sketty's Gorge, una cuesta casi vertical de nuestra zona que acababa en una frondosa pared de ortigas. Yo solo lo intenté una vez y las ortigas me picaron por todas partes, pero seguía siendo su numerito, siempre lo hacía, lo que demostraba su carácter despreocupado y lo convertía en una compañía emocionante. Además, nunca se caía.

Fuimos amigos durante toda nuestra niñez y, aunque nos separamos cuando él se fue a la universidad a estudiar Derecho y yo conseguí mi primer trabajo a jornada completa como vendedor de fotocopiadoras, reanudamos nuestra amistad a los veinte, una buena edad para ir por ahí con un hombre como Jack. Se había convertido en un chico alto y atractivo lleno de encanto y con algo de dinero que solía atraer a las mujeres y, como salíamos juntos a menudo por los bares y clubes del centro de Londres y la City, estas también se acercaban a mí. Alguna que otra vez, sentía que yo me quedaba con sus desechos, pero como la mayoría de los hombres, nunca dejé que mi dignidad estuviera por encima del sexo. En aquellos días, me sentía un poco intimidado por Jack Calley, pero apreciaba el hecho de ser su amigo.

El matrimonio, en concreto el mío con Kathy, ha sido el motivo por el que nos distanciamos. Cada vez nos veíamos menos. Jack comenzó una relación con una abogada de altos vuelos y Kathy se quedó embarazada de Chloe. Era una época de cambios y nuestros encuentros se fueron reduciendo a una o dos veces al año, hasta que al final

desaparecieron por completo. Siempre pensé que esto era más culpa de Jack que mía, porque le había dejado un par de mensajes telefónicos a los que nunca había contestado, y aunque respondía con entusiasmo a los correos electrónicos que le enviaba, mostrándome su deseo de vernos pronto, nunca llegamos a concretar nada. Si mal no recuerdo, ni siquiera nos habíamos enviado tarjetas de felicitación en Navidad durante los últimos dos años.

A unos ochocientos metros de casa, decidí infringir la ley y llamar de nuevo al móvil de Kathy mientras conducía, sin obtener respuesta, algo que ahora empezaba a preocuparme. Estaba ansioso por contarle a alguien lo que estaba pasando y ella era la única persona en la que podía confiar para idear una explicación racional o al menos un plan viable acerca de lo que debíamos hacer, porque si alguien estaba persiguiéndome, lo haría también al día siguiente y al otro, y al otro, lo que significaba que tenía que averiguar qué demonios querían.

Eran alrededor de las cuatro menos cinco cuando tome la curva hacia la urbanización. Por lo general, cuando tomo esta curva, tengo un profundo sentimiento de satisfacción, pues significa que estoy ya en casa, después de un duro día de trabajo. Las agradables y bien cuidadas casas de los sesenta con sus jardines de césped delicadamente cuidados eran muy reconfortantes, un oasis de tranquilidad frente al ruido y el tráfico de las afueras de Londres. Sin embargo, hoy lo único que sentía era un profundo miedo por lo que me podía encontrar allí.

Pero cuando pasé por el callejón sin salida y eché un vistazo, comprobé que el Land Cruiser con los cristales oscurecidos ya no estaba allí. Tomé la curva de la parte inferior de la cuesta y continué unos doscientos metros antes de dar la vuelta; cuando volvía en sentido contrario, volví a mirar. Definitivamente el Land Cruiser no se veía por ningún lado. Quizás habían descubierto que yo no estaba allí y simplemente se habían ido. Los chicos de los vecinos de enfrente, los Henderson, dos pillos escandalosos de siete y nueve años, estaban en el camino de entrada a la casa lavando el coche de su padre. Martin Henderson me contó una vez que conseguía que hicieran todo convirtiéndolo en un juego. Uno limpiaba una parte y el otro la otra, y el que lo hiciera mejor ganaba el juego. Lo bonito de esto es que no había ningún premio que ganar, de forma que Martin conseguía que su coche estuviera impoluto sin tener que gastar un penique. La normalidad de la escena era dolorosa.

Aminoré y me detuve a unos pocos metros de la entrada del callejón sin salida, paralelo al muro que recorre mi jardín trasero. Salí del coche, dejando el motor en marcha, y me dirigí hacia un lugar desde el que podía ver a través del enrejado cubierto de hiedra de la parte superior del muro. Desde esta posición, podía ver el jardín trasero y el comedor de la parte posterior de la casa. La puerta del comedor estaba abierta y pude ver la entrada y la puerta principal más allá.

Seguí observando durante unos treinta segundos y no veía movimiento. Mi casa parecía estar vacía. Pensé en entrar de nuevo y buscar el teléfono de Jack, pero no le vi demasiado sentido porque sabía que él no contestaría.

Un hombre con gorra y gafas atravesó la entrada. Tras avanzar con paso firme, desapareció y entró en mi estudio. Iba vestido de negro y creo que también llevaba guantes. Solo estuvo en mi campo de visión un par de segundos. Podía incluso haberlo imaginado, pero sabía que no era así.

Había un hombre vestido de negro en mi casa.

Esperé, sin dejar de observar, pero no ocurría nada. De fondo podía oír el ruido del motor de mi coche. Me sentí como una especie de mirón, aunque estuviera mirando mi propia casa. Sentí además mi primer ramalazo de enfado. Un hijo de puta había irrumpido en mi casa y daba vueltas como si fuera la suya propia.

Mientras lo insultaba en silencio, volvió a aparecer para detenerse en la entrada. Retiré la hiedra de mi campo de visión, pero no conseguía verlo bien. Era un tipo de altura y complexión media y llevaba algunos de mis ficheros que debía haber sacado del archivador. Allí no había nada emocionante, solo facturas y antiguas declaraciones de renta, cosas de ese tipo. ¿Qué demonios buscaba ese tipo?

Mientras observaba, abrió uno de los archivos, hojeó el contenido y, aparentemente convencido de que allí no había nada de valor, lo tiró con indiferencia al suelo, llenando la alfombra de papeles, antes de empezar con otro.

—Tú, hijo de puta —dije entre dientes, y entonces tomé una decisión.

Salté dentro del coche, marqué el 141 en el móvil para que mi número no pudiera ser localizado y luego el número de teléfono de los servicios de emergencia. Cuando el operador contestó le dije que quería hablar con la policía y me pasó con la sala de control.

—Me gustaría denunciar un robo que se está cometiendo ahora mismo —le dije a la mujer que me atendió, facilitándole mi dirección—. El sospecho tiene un cuchillo y creo que puede haber atacado al ocupante. —Intenté mostrarme lo más alarmado posible, algo que en mis circunstancias no suponía una gran hazaña—. Vive una mujer sola con sus dos hijos. Puede que estén allí con él.

La mujer mostró una preocupación lógica, que era lo que yo pretendía. Quería que la policía llegara en cinco minutos y no dos horas después de que el tipo se hubiera ido, que es lo que probablemente habría ocurrido si no les hubiera engañado. Cuando la mujer me preguntó por mi nombre, le dije que se diera prisa porque acababa de oír un grito, entonces colgué y puse el coche en marcha.

Era el momento de buscar a Kathy.

Por lo general, se tardaba veinticinco minutos en llegar en coche al campus universitario donde mi esposa impartía clases de Política Medioambiental, un tema en el que, debo admitir, no tenía ningún interés, pero ese día lo conseguí en veinte. El tráfico en las carreteras era más fluido de lo habitual y fui a toda prisa. A mitad de camino, intenté llamar al móvil de Kathy por tercera vez, de nuevo sin obtener respuesta. Lo mismo ocurrió con la extensión de su despacho. Ya llevaba cuarenta minutos sin poder contactar con ella, algo que no era anormal, aunque sí preocupante teniendo en cuenta todo lo que estaba aconteciendo. Esta vez dejé mensajes en ambos teléfonos, diciéndole que me llamara lo antes posible. No hice intento alguno de disimular mi urgencia. Quería asegurarme de que no fuera a casa, no me gustaba la idea de pensar en lo que ocurriría si se encontraba con nuestro huésped no invitado, pero tenía la fuerte convicción de que el encuentro no sería muy cordial.

El campus universitario se componía de edificios anodinos de ladrillo rojo de los años sesenta con descomunales techos negros que parecían no encajar bien y que colindaban lateralmente a un edificio mucho mayor que se extendía desde uno de los extremos hasta el otro. Al otro lado de este edificio principal había una gran zona de aparcamiento que, al ser sábado, solo tenía ocupada un cuarto de su extensión. Aparqué lo más cerca posible de la entrada principal y entré a toda prisa.

Había una mujer en la recepción, pero estaba ocupada atendiendo una consulta de dos estudiantes chinos y me ignoró por completo. Un

guardia de seguridad en edad de jubilarse y de aspecto aburrido se sentó en una silla que había en el vestíbulo junto a la recepción para comenzar su turno, supuestamente para controlar a las personas que entraban en el edificio, un puesto creado tras la violación de una de las estudiantes, hacía algunos años. Sus habilidades para el control no eran demasiado satisfactorias, dado que apenas me miró por segunda vez cuando tomé la derecha y me dirigí al pasillo, dejando atrás las aulas a un lado y una cafetería y una zona de Internet al otro. Era en este edificio donde tenían lugar la mayoría de las clases y las tutorías de la universidad, pero ese día estaba relativamente tranquilo, solo había unos pocos estudiantes desperdigados por ahí.

Parecía estar fuera de lugar, al ser doce años mayor que los demás, sin embargo, nadie se percató de mi presencia mientras me dirigía a la biblioteca y el Departamento de Política. Solo era un chico mayor sin importancia, podría haber sido cualquiera, el violador de hacía algunos años, pero a nadie parecía importarle. Hay algo de verdad en la máxima que dice que las personas solo se percatan de lo que quieren, la mayoría de las veces ignoran lo que pasa a su alrededor, tan absortos están en sus propias vidas. Empezaba a preguntarme si me había pasado lo mismo a mí y por eso me había perdido algo importante, algo que fuera la clave para lo que estaba pasando.

Después de dejar atrás la cafetería y la zona de Internet, el número de personas disminuyó y cuando giré a la izquierda y subí las escaleras hasta la primera planta, me di cuenta de que estaba solo, mis pisadas se oían como un eco constante en el linóleo. El pasillo estaba en un completo silencio y me vino a la cabeza la idea de que habría sido fácil para un violador atacar en un sitio así, donde en principio uno se siente seguro al estar lleno de vida y de gente, pero que se podía convertir fácilmente en un lugar de oscuras entradas con puertas al fondo en el que cualquiera podría estar al acecho.

Me puse nervioso, pero no por mí, nadie sabía que estaba allí, sino por Kathy, teniendo que venir a trabajar aquí sola. Me contó que habían instalado un circuito cerrado de televisión por todo el edificio que era controlado continuamente por una empresa de seguridad, por lo que no había de qué preocuparse, aunque sabía que ni siquiera las cámaras podían frenar a los criminales más insensatos ni a los que son incapaces de controlar sus impulsos. Si eso fuera así, el Reino Unido, que dispone de más circuitos cerrados de televisión que cualquier otro

país del mundo, sería una sociedad relativamente segura y pacífica, y no lo era.

Al final del pasillo había unas puertas de cristal dobles que servían de entrada al Departamento de Estudios Políticos. Estaban cerradas, y tras ellas, tampoco pude oír ninguna señal de actividad. El silencio era total.

Me detuve y miré el reloj, eran las cuatro y veinticinco de la tarde. Tras el cristal había otro pasillo que conducía a una ventana exterior con forma de arco, situada en la parte trasera del edificio. Había cuatro puertas a la izquierda del pasillo y solo una a la derecha, la de Kathy era la segunda a la izquierda y estaba cerrada al igual que el resto, con la excepción de una.

Empujé las puertas dobles y se abrieron. Comencé a caminar, las puertas se cerraron detrás de mí con tal estruendo que rompieron ese silencio como si fuese un disparo de pistola. Me contuve, resistiéndome a la necesidad imperiosa de gritar «¡Hola!», seguí avanzando e intenté abrir la puerta de Kathy.

Estaba cerrada, lo que resultaba extraño. Sabía que no me había equivocado, su nombre estaba grabado sobre una placa de acero inoxidable que parecía bastante cara: «Dra. Katherine C. Meron». La «C» correspondía a Cynthia, un nombre que odiaba, lo que me hizo preguntarme por qué lo habría incluido. Intenté abrir la puerta de nuevo, solo para asegurarme, pero estaba cerrada.

Se me secó la boca. Algo no iba bien. El extraño silencio pesaba sobre mí y ni siquiera oía el tráfico de fuera. Entonces me acordé de que las paredes estaban muy bien aisladas para que los alumnos pudieran seguir con su trabajo en paz, ajenos al continuo jaleo con el que demás debemos enfrentarnos.

Tras dar la vuelta, me dirigí a la puerta que conduce a la biblioteca del departamento. Las luces estaban apagadas y parecía vacía. Giré el pomo y entré, cerrando la puerta sigilosamente.

Era una gran sala, de unos quince metros cuadrados, con un pasillo en el centro que iba desde la puerta a una hilera de ventanas situadas en el otro extremo. Alrededor de un tercio del espacio estaba ocupado por mesas de trabajo rectangulares, algunas con ordenadores encima, pero todas vacías. No había bolsos ni abrigos que indicaran la presencia de alguien, no había ningún libro fuera de su sitio, ni abierto, y las pantallas de los ordenadores estaban en blanco. Las mesas daban paso

a unas hileras de estanterías llenas de libros que ocupaban las paredes desde el suelo hasta el techo y que, alineadas de izquierda a derecha y divididas por el pasillo, bloqueaban gran parte de la luz natural y daban a la sala ese aspecto lúgubre que a menudo tienen las bibliotecas. Junto a las ventanas del otro extremo de la sala había otra hilera de mesas que estaban también vacías.

Esta vez sí grité:

—Hola, ¿hay alguien aquí?

No hubo respuesta.

Saqué el teléfono del bolsillo y marqué de nuevo el móvil de Kathy, mientras caminaba hacia las hileras de las estanterías llenas de tomos sobre política que ocupaban gran parte del espacio que tenía delante. Cuando volvió a saltar el contestador no me sorprendió, aunque empecé a ponerme cada vez más nervioso. Si no estaba aquí, ¿dónde demonios estaba?

Sabía que tenía que mantener la calma. Puede que ya hubiera terminado su jornada y se hubiera olvidado de conectar el teléfono, aunque por supuesto, eso quería decir que quizá ya había llegado a casa y se había topado con quien quiera que fuera la persona que estaba revolviendo nuestras pertenencias. Lo viera como lo viera, la cosa pintaba mal.

Al guardar el móvil en el bolsillo, me llamó la atención algo que había en el suelo, justo enfrente de una de las estanterías. Aunque era difícil verlo bien, debido al color verde oscuro de la moqueta.

Era una mancha como de medio centímetro.

Tragué saliva, me agaché, metí el dedo y me estremecí al comprobar que la mancha estaba húmeda. Me miré la punta del dedo. No había duda. Ninguna duda.

Era sangre.

Y estaba aún fresca.

Miré detenidamente el resto de la moqueta, había una segunda mancha, más pequeña que la anterior, y después otra. Eran gruesas gotitas, un rastro de sangre.

Mi cuerpo se agarrotó. *No por favor. Por favor Kathy, no.* Mi esposa no, una mujer que nunca había hecho daño a nadie. *Cualquier cosa menos eso.*

—Mantén la calma —dije en voz alta esta vez—. No te dejes llevar por el pánico.

Miré hacia arriba y vi una puerta enfrente, al final de la estantería, como a cinco metros de distancia. La puerta estaba ligeramente entreabierta, pero tras ella solo podía ver oscuridad. Volví a mirar la moqueta y el rastro de sangre continuaba por la parte derecha en dirección a la puerta. Me quedé mirando para ver si había algún movimiento.

Mi móvil empezó a sonar. No, no era el mío, era el de otra persona. Un tono de llamada diferente. El mío era bastante normal; este era más alegre, molesto incluso, y procedía de detrás de la puerta.

Entonces dejó de sonar.

El silencio era tal que casi podía sentir su peso sobre mí. Mi instinto me decía que corriera, que saliera de allí pitando, pero ¿qué pasaría entonces si era Kathy la que estaba allí sangrando? No era su móvil, de eso estaba seguro, pero eso no quería decir que no fuera ella la que estaba detrás de la puerta.

Di un paso hacia adelante. Me detuve. Estaba desarmado. ¿Qué demonios iba a hacer si me encontraba de frente con alguien? Necesitaba ayuda, y cuanto antes.

La puerta se abrió y la silueta de un hombre alto, vestido con un mono manchado de pintura de color celeste y un pasamontañas y guantes negros, se colocó en frente de mí. Llevaba un cuchillo de mango amarillo con una larga y curvada hoja, parecido a los que se usan para cortar filetes, y la punta tenía manchas oscuras de sangre.

Durante una fracción de segundo ninguno de nosotros se movió, nos observamos con atención. Estaba a solo cinco metros de mí, pero no tenía tiempo para el miedo. Sentí una sacudida de pesadilla que me dejó paralizado en el sitio, cuando de repente salió disparado de la puerta y, con gran determinación, vino hacia mí a enormes zancadas. Llevaba el cuchillo levantado, como si fuera a matarme.

De forma instintiva, agarré un libro de la estantería que tenía más cerca, se lo lancé, me di la vuelta y salí corriendo, pero, por el miedo, me equivoqué de camino y me encontré frente a las ventanas del otro extremo de la sala, en lugar de en la puerta. No había tiempo para retroceder, estaba justo detrás de mí, así que recorrí el pasillo en dirección a las ventanas, el sonido de su respiración y el rítmico golpeteo de sus botas sobre el plástico laminado del pasillo me hicieron acelerar el paso.

Había un carrito de madera lleno de libros junto a una de las estanterías, al pasar lo cogí por uno de los extremos y lo tiré con fuerza hacia el interior del pasillo, para protegerme. Oí como tropezaba con él y los libros caían al suelo, y luego oí que lo echaba a un lado, pero su torpeza de movimiento me dio un par de segundos de ventaja. No me atrevía a mirar para atrás; estaba demasiado concentrado en encontrar la forma de llegar a las ventanas. Vi que tenían picaportes y supuse que...; más bien, recé para que se abrieran hacia fuera. La biblioteca estaba a gran altura, a unos seis metros del suelo por lo menos, puede incluso que más. No importaba, tenía que salir de allí.

Corrí entre dos mesas de lectura redondas que había enfrente de las ventanas y tiré desesperadamente del pestillo. No se movía. ¡Dios mío!, estaba cerrado con llave. Podía oír las pisadas de mi perseguidor cada vez más cerca. Giré en redondo y allí estaba, justo enfrente de mí, corriendo a solo un metro y medio de distancia, con el cuchillo manchado de sangre apuntándome a la altura de la cintura y dispuesto a partirme en filetes.

Grité aterrorizado, pero al mismo tiempo tuve el suficiente instinto de supervivencia como para agarrar la silla que tenía más cerca y tirársela, dándole con las patas en la cara y la parte superior del cuerpo, en un intento por que perdiera el equilibrio. Cayó de espaldas, levantando los brazos para defenderse, lo que me dio tiempo para dirigirme a un espacio más abierto. Por el rabillo del ojo vi una puerta abierta en la que ponía «Aseos», una posible vía de escape, pero no había tiempo que perder y le saqué ventaja, apretando el paso y lanzándole de nuevo la silla, pero esta vez estaba preparado, saltó con destreza hacia un lado y agarró una de las patas para quitármela.

Forcejamos con la silla durante algunos segundos más, pero ahora yo estaba más expuesto y de repente me atacó con el cuchillo, hiriéndome la parte del brazo que tenía al aire por debajo del codo. Tuve una sensación de enorme escozor, pero no sentí dolor, tenía demasiada adrenalina para eso. Apreté los dientes y, a través de la tela de mi camisa, vi que salía sangre del fino corte que me había hecho, y entonces tuve que esquivar de nuevo el cuchillo que pasaba por el aire casi rozándome. Al volver la cara, me hirió la mejilla, de nuevo sentí una sensación de escozor y una gota de sangre que me bajaba hacia el cuello.

De repente, caí en la cuenta de lo que en realidad me estaba ocurriendo. Estaba luchando por mi vida. Este hombre intentaba matarme, y durante todo ese tiempo, el silencio era sepulcral.

Intentó rodearme con su pierna por detrás para hacerme una zancadilla, entonces tiró de la silla de nuevo y me apuntó al estómago con el cuchillo. Esta vez al darme la vuelta, me golpeé con violencia contra la estantería más próxima, solté la silla y le di un empujón con toda la fuerza que tenía en esas circunstancias.

No creo que esperara algo así porque se inclinó hacia atrás y casi pierde el equilibrio.

Era mi oportunidad, me di la vuelta, corrí como no lo había hecho nunca y me dirigí a la puerta en la que ponía «Aseos», sabiendo que si la jodía sería hombre muerto. Tengo un miedo morboso a ser asesinado a puñaladas, a que me abran en canal con una cálida hoja de cuchillo y a ver cómo mi sangre y mi vida se consumen poco a poco, sin que pueda hacer nada por evitarlo. Este miedo me perseguía desde que un chico con el que iba al colegio fue apuñalado fatalmente en un club nocturno hacía ya una década. Dos estocadas directas al corazón. Los guardias de seguridad lo lanzaron a la calle, sin percatarse de lo que había pasado, y el chico murió en la acera. Este era el destino que me esperaba. Una sucia y terrorífica muerte en soledad.

Al atravesar la puerta, la cerré de un portazo y me di cuenta de que había dos puertas más, una a la izquierda y otra enfrente. Tomé la de enfrente, la del aseo de hombres. Detrás de mí, la puerta principal se abrió. Me seguía pisando los talones.

Entré en el aseo de los hombres, vi una fila de letrinas justo enfrente de mí, volví a la derecha, resbalé sobre el suelo embaldosado, pero mantuve el equilibrio y avancé hasta una esquina en la que había algunos urinarios individuales que estaban colocados contra la pared, formando una especie de semicírculo. Justo encima de uno de ellos había una estrecha ventana de aproximadamente medio metro de altura y un metro de anchura, con un pestillo antiguo en la parte inferior que tenía la pintura casi descascarillada por completo. Corrí hacia adelante y salté encima del urinario, quité el cierre del pestillo en un solo movimiento, y con las palmas de las manos abrí la ventana. Intenté atravesarla a duras penas, metiendo primero la cabeza y agitando las piernas. Cuando tambaleándome saqué medio cuerpo al espacio exterior, pude ver un techo plano de unos dos metros por

debajo de mí, era una prolongación del edificio con una sola planta. Salvado. Estaba a medio camino, con los brazos extendidos, preparado para el impacto cuando oí el sonido de sus botas en el interior y sentí que me agarraba una pierna y me levantaba la tela del vaquero para dejarme la pierna al descubierto. Cuando la hoja me tocó la piel, y antes de que pudiera hacerme una incisión, le di una patada con mi otra pierna y podría decir, por el impacto, que le alcancé la cara. Por primera vez lo oí gritar, y volví a darle una patada, como si fuera un burro, luego puse las palmas de las manos contra la pared exterior y me lancé de cabeza al vacío, realizando una bajada en picado digna de una competición.

Haciendo el pino, me golpeé contra el techo, dañándome las muñecas. Mis piernas apenas podían sostenerse en el aire, luego descendí rápidamente y acabé dando una voltereta, con el material del techo clavándose en mi cabeza. Ni siquiera se me ocurrió mirar atrás para ver si venía mi agresor. Me medio arrastré y corrí como pude hacia el filo del edificio y, utilizando las manos a modo de pivote, me lancé y me deslicé por la pared para saltar al suelo a una altura de medio metro.

Me encontraba en una pequeña zona pavimentada y cercada por un muro de ladrillo de unos tres metros de altura. Enfrente de la pared había dos hileras de contenedores verdes con ruedas del tamaño de un coche, la mayoría de ellos estaban rebosantes de basura y el olor era muy intenso. Más allá del muro, pude oír el ruido de un coche que pasaba por allí. Libertad.

Permanecí de pie en el mismo lugar durante algunos segundos, entonces oí movimiento en el techo que tenía encima. Era como estar atrapado en una pesadilla. El hijo de puta seguía persiguiéndome.

Reuniendo la poca fuerza que me quedaba, corrí en medio de las hileras de los contenedores con ruedas e intenté subirme a uno que estaba colocado junto al muro. Mi primer intento fue fallido, ya no estaba tan en forma como antes, había dejado de ser socio del gimnasio hacía tres años y ahora algunos partidos de tenis ocasionales en verano eran mi único ejercicio. Curiosamente, en mi segundo intento, prometí que volvería a hacerme socio del gimnasio, si es que mi vida volvía algún día a la normalidad.

Esta vez, con un esfuerzo sobrehumano, lo conseguí, desplomándome de boca en la tapa de plástico del contenedor antes de ponerme de pie con

mucha dificultad. Intenté subir el último medio metro que quedaba hasta la parte superior del muro y cruzarlo por encima, incapaz de ver a mi perseguidor durante este margen de tiempo de medio segundo. Había desaparecido de mi vista.

Caí en la acera de pie y comprobé que estaba en una desconocida calle residencial de casas adosadas. Pasó un coche, pero el conductor no pareció percatarse de mi presencia. Estaba desorientado, pues nunca antes había salido de la universidad de esa forma. Solo sabía que estaba lejos del coche.

Con un enorme jadeo, crucé la calle y me dirigí hacia el lugar en el que pensaba que se encontraba la zona de aparcamiento. Debía parecer una visión. Podía sentir que corría la sangre desde la herida de la cara al cuello de mi camisa y lo manchaba. Al mismo tiempo, la herida del brazo sangraba aún con más fuerza, me quemaba, como si me estuvieran metiendo agujas al rojo vivo en la piel. Me la miré y tambaleándome bajé corriendo la calle como pude, con la boca abierta intentando coger aire. Por primera vez me sentí mal. ¿Qué me había pasado? ¿Qué había hecho para merecer esto?

Una atractiva mujer de unos treinta años con falda larga agitanada y una blusa sin espalda, salió de su casa, me miró y volvió a entrar a toda velocidad, cerrando la puerta. Esto era Londres, el lugar donde siempre es preferible que te metas en tus propios asuntos y te mantengas alejado de posibles problemas. En una ocasión, hace aproximadamente cinco años, una amiga de Kathy fue atracada cuando salía de la estación de metro de Oval a las cuatro de la tarde. Intentó conservar su bolso y sus dos atacantes la tiraron al suelo a patadas y pasaron varios minutos intentando arrebatarárselo mientras le llovían golpes que minaron su resistencia. Durante ese momento, calcula que había unas cincuenta personas por allí, pero la mayoría huyeron apresurados, solo un par disminuyeron el paso para ver mejor lo que pasaba, pero nadie intervino. Kathy había jurado que, si hubiera sido una de las personas que pasaba por allí, habría hecho algo.

—No habría podido vivir con eso, si no lo hiciera —me dijo—. Si das la espalda, es como si admitieras tu derrota y nunca podría hacer algo así. —Esto era normal en Kathy. Era una mujer con principios, una mujer que se preocupaba, pero ¿dónde estaba ella ahora? y, lo más importante, ¿era suya la sangre que había en la moqueta de la biblioteca donde estaba ese loco?

Tenía que encontrarla, llegar a ella cuanto antes.

Sin parar de correr, hurgué en mis bolsillos buscando el teléfono.

Por favor, contesta esta vez, por favor.

Pasó otro coche. Esta vez el conductor aminoró y, cuando nuestras miradas se cruzaron, se le abrieron los ojos como platos. Seguí mi camino, ignorando el dolor de mis pulmones y, detrás de mí, oí cómo paraba el coche y salía de él.

—¡Amigo! —gritó—. Amigo, ¿estás bien?

No quería hablar con él, no quería hablar con nadie que no fuera mi mujer. Tenía que encontrarla. Saqué el teléfono, pero oí las pisadas del hombre que venía detrás de mí.

No, otra vez no. ¿Era uno de ellos? Los hijos de puta parecían estar por todos lados, en casa, mi puta casa, en el lugar de trabajo de mi mujer.

Aceleré el paso y, al llegar a un cruce, entré a tropezones en la carretera, con el teléfono en la mano sin hacer caso de los gritos del hombre que me seguía. Oí el ruido de un coche a mi derecha. El estallido de una bocina y luego un desagradable chirrido de neumáticos. Por el rabillo del ojo vi una enorme silueta blanca que se me venía encima y supe que me iban a atropellar. Solo pude distinguir las luces azules del techo y entonces me golpeó con un estruendo que solo fue ahogado por el ruido del derrape. Di una voltereta por encima del capó y, de un bote, me deslicé por el otro lado, y caí a la carretera en posición fetal a unos metros de la puerta delantera del pasajero.

La puerta se abrió y me encontré cara a cara con un par de flamantes botas negras de policía.

—Hola, hola, hola —dije, y entonces, por algún motivo totalmente inexplicable, comencé a reírme, pero el movimiento hacía que mi cuerpo se sintiera como abrasado con una docena de dolores diferentes.

Por el momento, pude dejar de correr y me invadió un sentimiento de alivio que duró hasta que el policía se agachó, me puso los brazos por detrás de la espalda, causándome un terrible dolor, y me dijo que quedaba detenido como sospechoso de asesinato.